

# *En ti Confiaré*

Meditando en la Fidelidad de Dios  
en el Antiguo Testamento

Josué Pineda Dale, Editor General

**EBI**  
EDITORIAL  
BAUTISTA INDEPENDIENTE

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960<sup>®</sup> © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovada © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Reina-Valera 1960<sup>®</sup> usado con permiso.

© 2022 por EBI. Todos los derechos reservados.

EB-571

ISBN 978-1-953663-65-8

**Editorial Bautista Independiente**

3417 Kenilworth Blvd, Sebring, FL 33870

[www.ebi-bmm.org](http://www.ebi-bmm.org)

(863) 382-6350

# Índice

Prólogo.....	Miguel Núñez .....	v
Introducción.....	Josué Pineda Dale.....	viii
Génesis.....	Alberto Solano.....	1
Éxodo.....	Aaron Gibson.....	4
Levítico.....	Ángel Cardoza.....	7
Números.....	Carlos Astorga.....	10
Deuteronomio.....	Roberto Sánchez.....	13
Josué.....	Armando Melo.....	16
Jueces.....	Josué Barrios.....	19
Rut.....	Daniel Puerto.....	22
1 Samuel.....	Samuel Hornbrook.....	25
2 Samuel.....	Diego Naranjo.....	28
1 Reyes.....	Héctor Salcedo.....	31
2 Reyes.....	Jérémie Roy.....	34
1 Crónicas.....	Manuel Herrera.....	37
2 Crónicas.....	Joel Rosario.....	40
Esdras.....	Enrique Oriolo.....	43
Nehemías.....	Moisés Gómez.....	46
Ester.....	David González.....	49
Job.....	Bruce Burkholder.....	52
Salmos.....	Lucas Alemán.....	55
Proverbios.....	Juan Moncayo.....	58
Eclesiastés.....	Jack Smith.....	61
Cantares.....	Emanuel Elizondo.....	64
Isaías.....	Eduardo Izquierdo.....	67
Jeremías.....	Ricardo Daglio.....	70
Lamentaciones.....	Justin Burkholder.....	73
Ezequiel.....	Eduardo Ortíz.....	76
Daniel.....	Josué Ortiz.....	79

Oseas .....	Santiago Armel.....	82
Joel .....	Alejandro Peluffo.....	85
Amós .....	Carlos Llambes.....	88
Abdías.....	Heber Torres.....	91
Jonás .....	José Alcívar .....	94
Miqueas.....	Michel Galeano.....	97
Nahúm.....	José Carlos Martínez.....	100
Habacuc.....	Luis Zepeda .....	103
Sofonías.....	Joe Owen.....	106
Hageo.....	Mateo Bixby.....	109
Zacarías.....	Josué Pineda Dale.....	112
Malaquís.....	Josías Grauman.....	115
Acerca de los autores.....		118



## Prólogo

Hablar del Antiguo Testamento es poner de manifiesto la fidelidad del Dios que le dio origen a su pueblo y quien lo preservó a través de las peores circunstancias, mientras caminaba de manera íntima con aquellos que él adoptó como familia. Dicha elección se dio a pesar de ser “el más insignificante de todos los pueblos”, simplemente porque “Jehová [los] amó, y quiso guardar el juramento que juró a [sus] padres” (Dt. 7:7-8). Esta última frase nos deja ver que Dios es fiel.

Dios creó el “teatro” donde finalmente se desarrollaría el drama de la redención; luego creó a la primera pareja en su deseo de tener íntima comunión con nosotros, los portadores de su imagen. Nuestros progenitores y representantes iniciales se rebelaron contra Dios, no creyeron su palabra y desafiaron su autoridad. Dios, pudiendo exterminar la raza humana, decidió iniciar de nuevo para continuar con su deseo de mantener la comunión con nosotros, brindando un rayo de esperanza (Gn. 3:15).

Después de la caída de Adán y Eva, Dios eligió a un hombre que “[servía] a dioses extraños”, cuyo nombre era Abraham (Jos. 24:2-3) y a quien prometió una tierra y una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo (Gn. 15:5). De aquí en adelante, podemos ver de forma clara cómo la narración del Antiguo Testamento no es más que la fidelidad de Dios cumpliendo su promesa. La promesa de Dios a Abraham no fue simplemente un ofrecimiento material para cumplirse de este lado de la eternidad. Más bien, su oferta estaba relacionada a su plan original cuando creó el mundo —“bueno en gran manera” (Gn. 1:31)— para que una pareja y sus descendientes habitaran en armonía con su Dios.

Dios prometió a este hombre, Abraham, que “en [su] simiente [serían] bendicidas todas las naciones de la tierra” (Gn. 22:18 LBLA), haciendo referencia al Mesías que habría de venir. Antes de ver el cumplimiento inicial de la promesa, la naciente nación de Israel sería esclavizada en Egipto durante 400

años (Gn. 15:13), “amenazando” la promesa de Dios. Pero Dios permanecería fiel a su pacto. En el devenir del tiempo, él levantó a un libertador —Moisés— que, al mismo tiempo, apuntaba a alguien mayor que él que vendría a traer la liberación de pecado a todos nosotros, los herederos de la promesa.

Dios sacó a su pueblo al desierto en contra de la peor oposición que el faraón podía ofrecer. Allí les prometió convertirlos en una nación santa (Éx. 19:6), para lo cual les dio su ley (Éx. 20). Esta ley representó en cierta medida la primera constitución de la nación hebrea. La ley de Dios no fue más que otra expresión de su fidelidad. De hecho, la palabra ley (torá), literalmente significa: “instrucción, enseñanza”. Dios quiso enseñar a su pueblo a caminar con él, a caminar en santidad, no solo como una forma de honrarlo a él, sino también como una manera de protegerlos de todas las consecuencias posibles como resultado de caminar fuera de los límites de su protección.

En el Pentateuco encontramos el diseño del tabernáculo donde Dios moraría en medio de su pueblo, otra expresión más del deseo de Dios de morar con aquellos que él había elegido para que formaran parte de su familia. El jardín del Edén representó el primer lugar de adoración. Cuando este hermoso jardín fue echado a perder, Dios no desistió; más bien permaneció en búsqueda del hombre y continuó con sus planes de morar con su gente.

Jehová preservó a su pueblo por 40 años en el desierto: los alimentó día a día, les dio de beber donde no había agua, los libró de pestilencia, los protegió del calor abrasador del sol y les dio luz en la oscuridad. Es claro que lo que Dios inicia, lo termina. Lo que Dios promete, lo cumple, porque él “no puede negarse a sí mismo” (2 Ti. 2:13). Por eso, el pueblo llegó a la “Tierra Prometida” al final de los 40 años, tal como fue anunciado. La tierra fue conquistada. Sin embargo, el pueblo pecó contra la fidelidad de Dios y terminó siendo oprimido otra vez por casi 400 años. Pero Dios, en su amor fiel, lo libertó una y otra vez por medio de jueces y líderes fuertes. El pueblo persistió en su infidelidad, pero Dios continuó liberándolo, siendo fiel a su promesa. Después de siete ciclos de pecado, opresión y una liberación recurrente de parte de Dios, terminó ese largo período de apostasía.

A pesar del amor de Dios demostrado por cientos de años, el pueblo hebreo rechazó a Dios como rey y pidió a un rey, Saúl, para ser como las demás

vi

naciones (1 S. 8). Dios le concedió su deseo a pesar de su desagrado con tal petición. Cuarenta años más tarde, Dios levantó un rey en el trono de Israel, David, quién reinaría por 40 años y a quien Dios prometió que “afirmaría para siempre el trono de su reino” (2 S. 7:13). A su muerte, su hijo Salomón, ascendió a la corona, pero apostató. El pueblo se alejó de Dios todavía más, pero, aun así, Dios estuvo dispuesto a habitar en el nuevo templo, como lo había hecho en el tabernáculo (2 Cr. 7). Posteriormente, Salomón muere y el reino se divide: 10 tribus se rebelan en contra del hijo de Salomón, Roboam, y forman el reino del norte: Israel. Dos tribus permanecen fieles y forman el reino del sur: Judá. Todos los reyes del reino del norte fueron infieles a Dios. De unos veinte reyes que ocuparon el trono del reino del sur, solo unos ocho caminaron con Dios. Aun así, Dios no abandonó a su pueblo.

Sin embargo, debido a su pecado, el pueblo fue exiliado. Durante cada uno de los reinados anteriores al exilio, el Señor envió profetas a la nación para dirigirlos, para fortalecerlos en su fe, para confrontarlos y hacerlos regresar al camino, de manera que pudieran ser perdonados por Dios nuevamente y recibir sus bendiciones. Esa ha sido siempre la promesa de Dios, cumplida por él una y otra vez. Finalmente, el reino del norte fue llevado al exilio por el imperio de Asiria (722 a. de C.). El reino del sur, por su parte, cayó con la invasión de Jerusalén (586 a. de C.) por parte de Nabucodonosor, rey de Babilonia. Setenta años después, tal como había sido profetizado, Dios se movió en el corazón de Ciro —el entonces rey de Babilonia—, para autorizar el regreso de su pueblo a Jerusalén y así ocurrió.

En medio de toda esa historia compleja y confusa en ocasiones, encontramos una literatura de sabiduría, que es otra evidencia de la fidelidad de Dios. Esto es así puesto que es muestra de que, a pesar de la apostasía recurrente del pueblo, su sabiduría permaneció con ellos. Hubo inspiración de parte de Dios con grandes revelaciones acerca de la vida y sus injusticias, pero vistas por encima del sol: Job (en el período patriarcal) y los libros de Salmos, Proverbios, Eclesiastés y el Cantar de los Cantares, compuestos durante el período del reino unido.

Cuatrocientos años de silencio pasaron entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y en “el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de

mujer y nacido bajo la ley” (Gá. 4:4). El Unigénito de Dios se hizo carne. Cumplió la ley a cabalidad, sufrió, murió por el perdón de nuestros pecados y al tercer día resucitó para garantizar el cumplimiento de nuestras promesas. Dios fue fiel a la promesa hecha a Abraham porque, en su simiente, Dios ha ido salvando gente de todo pueblo, tribu, lengua y nación para bendecirlas tal como fue dicho. Él es fiel, cumple y seguirá cumpliendo sus promesas.

Es para mí de gran satisfacción y gozo escribir este prólogo acerca de la fidelidad de Dios, sobre todo en el período correspondiente al Antiguo Testamento. Menciono esto porque muchos son los que ven a Dios durante ese tiempo como un justiciero y vengador de lo mal hecho, cuando en realidad el carácter bondadoso de Dios es resaltado de manera extraordinaria por la infidelidad de su pueblo. Doy gracias por este grupo de autores que se ha tomado el tiempo de desarrollar este excelente libro para que cada uno de sus hijos pueda decir de forma más firme: ¡En ti confiaré!

*Miguel Núñez*





## Introducción

Dios es fiel y digno de confianza. Cuando todo se derrumba a tu alrededor, cuando no hay esperanza, cuando tu fe flaquea y la angustia te embarga, no hay lugar más seguro para estar que “al abrigo del Altísimo” (Sal. 91:1) o, en otras palabras: “bajo la sombra del Omnipotente” (91:1). Como cristiano debes tener certeza de que en él estás seguro. No importa lo que esté sucediendo alrededor, debes poder decir a diario las siguientes palabras: “Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré” (91:2). Dios no te manda a entender todo lo que te sucede. Tampoco te pide que trates de “sobrevivir” en tus propias fuerzas. Solo te pide confiar en él porque él es fiel. Si eres su hijo, tu vida está segura, tal como afirma el salmista: “debajo de sus alas estarás seguro” (91:4b).

El impío teme por su vida, vive sin esperanza y no tiene de qué aferrarse. Algunos afirman lo contrario, creyendo que tienen control de su vida y que depende de sí mismos. Sin embargo, tarde o temprano el Señor derribará la falsa esperanza de muchos que se aferran a sus posesiones, a su posición, a su poder, a su influencia o a su astucia. El dinero y el poder, entre otras cosas, brindan esperanza momentánea. Lamentablemente, no será para siempre. Solo Dios brinda esperanza eterna. Sin él, el hombre es, tal como Isaías advirtió al pueblo, “como suciedad, y todas [sus] justicias como trapo de inmundicia” (Is. 64:6).

Como cristiano muchas veces puedes verte tentado a vivir contrario a tu posición como hijo de Dios: en angustia y atribulado, como si no tuvieses esperanza. Aunque las pruebas son duras y la vida es difícil, Dios siempre está en control y tiene un propósito supremo para su gloria y tu bien. A diferencia del impío, tienes de quién aferrarte y en quién confiar: eres su hijo y estás seguro en sus manos.

Dios se reveló en el Antiguo Testamento como un Dios fiel, un Dios eterno, inmutable y todopoderoso que es, al mismo tiempo, cercano a su pueblo.

Como el Dios fiel que es, es un Dios que se goza en salvar y en relacionarse con el ser humano. Por eso prometió lo siguiente a Abraham incondicionalmente: “Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Gn. 12:2-3). Dios no pidió nada a cambio a Abraham. Fue un pacto unilateral. Además, él hizo esta promesa —este pacto— cuando todo el panorama era más oscuro e improbable. Sin embargo, a pesar de la incredulidad e infidelidad de Abraham, la Escritura atestigua que “visitó Jehová a Sara, como había dicho, e hizo Jehová con Sara como había hablado. Y Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios le había dicho” (Gn. 21:1-2). Dios es un Dios fiel que no ha faltado nunca a su palabra y que cumplirá toda promesa incondicional, aun a pesar del pecado e infidelidad de sus hijos.

Lo anterior debe darte mucho ánimo. Debe darte esperanza y confianza, especialmente cuando te enfrentes a desesperanza y tribulación en este mundo. El Dios del Antiguo Testamento es el mismo Dios que está a tu lado hoy (Heb. 13:8). Si eres su hijo, debes saber que, a pesar de tus múltiples faltas, el Señor es “fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad” (Éx. 34:6). Nunca ha fallado ni faltado a su palabra, puesto que “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta” (Nm. 23:19a). No hay nada más glorioso que saber que Dios no se arrepentirá de haberte salvado, sino que “cumplirá su propósito en [ti]” (Sal. 138:8). Así como animó al pueblo de Israel, afirmando: “no te [dejaré], ni te [desampararé]” (Dt. 31:6), él te sostendrá hasta el final, porque ninguno de los suyos se va a perder de su mano (Jn. 10:28). Él es tu “Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones” (Dt. 7:9). Él Señor es “la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él; es justo y recto” (Dt. 32:4). De la misma manera que “no faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel” (Jos. 21:45a; cp. 23:14), él cumplirá todo lo que ha prometido para ti.

Dios también fue fiel en hacer un pacto incondicional con David, prometiendo que “[afirmaría] para siempre el trono” (2 S. 7:12-13; cp. 1 Cr. 17:11-12) de uno de su linaje. De la misma forma en que “ninguna palabra de todas sus

promesas que expresó por Moisés su siervo, [faltó]” (1 R. 8:56), el Señor será fiel en cumplir lo prometido a su siervo David. Esto es así porque el Señor “hace memoria de su pacto perpetuamente, y de la palabra que él mandó para mil generaciones” (1 Cr. 16:15). Un día, ese niño que nació (Is. 9:6a) y cuyo nombre es “Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz” (9:6b), reinará “sobre el trono de David y sobre su reino” (9:7). Daniel vio claramente en una visión el cumplimiento de esta promesa:

“Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (Dn. 7:13-14).

El día llegará y el Mesías “será rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será uno, y uno su nombre” (Zac. 14:9). Él será fiel en cumplir su palabra, su pacto, su promesa.

Además, el Señor es fiel aun cuando su pueblo es infiel. Él sacó a Israel de Egipto “por amor de su nombre, para hacer notorio su poder” (Sal. 106:8). Pero, como el Salmo 106 atestigua, el pueblo constantemente fracasó en ser fiel a Dios. Por eso, Dios los exhortó y disciplinó una y otra vez (Neh. 9:28-30a) hasta que fueron entregados al cautiverio (Jer. 52:12-16; cp. Neh. 9:30b), tal como había sido profetizado (25:8-11). Merecían la disciplina del Señor y habría sido entendible si perdían toda oportunidad futura. Sin embargo, incluso entonces, el Señor muestra su fidelidad: “Porque así dijo Jehová: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar” (29:10). Por eso Jeremías declaró de la siguiente manera con la certeza de conocer a un Dios fiel: “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad” (Lm. 3:22-23). Él no olvidaría sus promesas y pactos para con su pueblo. El Señor, “por [sus] muchas misericordias no los [consumió], ni los [desamparó]; porque [es] Dios clemente y misericordioso” (Neh. 9:31).

El Dios de Israel demostró una vez más que “[su] reino es reino de todos los siglos, y [su] señorío en todas las generaciones” (Sal. 145:13). No olvidó ni rechazó a su pueblo. No sería para siempre, sino que fue “hasta que los setenta años fueron cumplidos” (2 Cr. 36:21). Sabiendo lo que Dios había hablado, Daniel pidió al Señor que cumpliera su palabra (Dn. 9:2-3). Entonces,

“para que se cumpliera la palabra de Jehová..., despertó Jehová el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito por todo su reino, diciendo: ...Jehová el Dios de los cielos... me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén.... Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel...” (Esd. 1:1-3).

Tal como había profetizado Habacuc: “Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentará; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará” (Hab. 2:3), el Señor sería fiel. El regreso había iniciado. Dios no los había desechado, ni se había olvidado de ellos. El Señor fue fiel en cumplir su palabra.

Ante esta evidencia incontrovertible, no te debe quedar duda que el Señor es un Dios fiel, que guarda su pacto y que cumple su palabra. El Antiguo Testamento está repleto de la fidelidad de Dios. Esta fidelidad revelada debe animarte a confiar cada uno de los días de tu vida. No mires las circunstancias, no mires hacia atrás. Mira a Dios, su carácter y su obra, y confía en él y su verdad. Él nunca te abandonará ni cambiará sus planes. Si eres suyo, no te desechará. El hecho que no haya desechado a Israel y que siga habiendo esperanza para un remanente (Ro. 11) debe ser motivo de gozo para el cristiano de hoy en día. Dios no te dejará por otro pueblo, ni te hará a un lado. Las promesas que te ha hecho son verdad y así como ha cumplido todo lo que ha prometido, él cumplirá todo lo que queda por cumplirse. Debes tener confianza en tu Dios que es “Dios grande, fuerte, temible, que [guarda] el pacto y la misericordia” (Neh. 9:32).

*En ti confiaré: Meditando en la fidelidad de Dios en el Antiguo Testamento, te ayudará a pensar bíblicamente acerca del Dios fiel que nunca cambia, que nunca ha faltado a su palabra, sino que se goza en cumplir lo que ha prometido.*

tido, abriendo caminos donde parece que no los hay, dando esperanza cuando solo parece haber desesperanza, y rescatando cuando aparentemente todo está perdido. El testimonio de la Escritura debe motivarte a nunca dudar ni temer, sino que a confiar en él siempre y cada día más.

Habiendo meditado en la fidelidad de Dios en el Nuevo Testamento en el primer volumen de *En Ti Confiaré*, era oportuno y necesario ser testigos también de la fidelidad de Dios en el Antiguo Testamento. 39 autores diferentes provenientes de o sirviendo en Argentina, Colombia, Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala, Honduras, México, Venezuela y República Dominicana, son hombres que están sirviendo a Dios fielmente únicamente porque él los salvó, rescató y declaró justos cuando no había esperanza. Doy gracias al Señor por tener el privilegio de servir junto a ellos en este libro y por poder llamarlos hermanos y amigos. Yo he sido bendecido de primera mano al ir por cada uno de sus párrafos, siendo testigo de la fidelidad de Dios no solo en la Escritura, sino también en sus propias vidas. Los autores son en su mayoría pastores y maestros, además de profesores de distintas instituciones académicas, que están haciendo la labor del ministerio donde el Señor ha querido. Es nuestra oración que, a través de cada una de las 39 reflexiones, puedas ver el brillo de la fidelidad de Dios de tal manera que confíes en él, aun y cuando no veas con claridad, aunque la prueba sea dura y parezca que no hay esperanza.

*Josué Pineda Dale*  
Editor General





*En ti confiaré*

# Génesis

por Alberto Solano

*“E hizo jurar José a los hijos de Israel, diciendo: Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos” (Gn. 50:25).*

**E**l libro de Génesis comienza de manera extraordinaria: con el destello de luz de la obra creativa de Dios, con el principio de toda vida y actividad en el universo y con la promesa de la tierra prometida, desde donde su pueblo sería de bendición a las naciones. Pero el final de Génesis es muy distinto. El libro que comienza con vida y promesas termina así: “Y murió José... y fue puesto en un ataúd en Egipto” (Gn. 50:26). ¡Qué manera de concluir el primer libro de la Biblia! La escena de un féretro en una nación foránea es un final trágico para un libro que comenzó con vida, esperanza y seguridad. La escena se complica cuando se recuerda que Jacob está muerto, José acaba de fallecer y entre los hijos de Jacob no hay ninguno que se levante como líder piadoso para guiarlos de regreso a Canaán. Parece que todo está perdido y el mundo se le ha salido de control al Señor.

## Confiando en Dios

Pero es justo allí, en el último capítulo de Génesis, que aparece un ejemplo maravilloso de confianza en el Señor en la respuesta de José. Entre todos los acontecimientos de su vida, el episodio en el que más mostró confianza en Dios no fue cuando prefirió la santidad a los placeres carnales de manos de la esposa de Potifar. Tampoco fue cuando pacientemente esperó por años abandonado en un calabozo, sino al final de su vida, cuando habló acerca de qué hacer con sus huesos: “Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel, y dio mandamiento acerca de sus huesos” (Heb. 11:22). José sabía que, aunque se encontraban en una tribulación momentánea y tremenda, po-

día confiar en el Señor y estaba convencido de que Dios tenía un propósito en medio de este final aparentemente triste.

El libro de Génesis termina a propósito de esa manera, con “un ataúd en Egipto”, para causar la pregunta: En la situación más deplorable y conflictiva, cuando piensas que el mundo se le ha salido de control a Dios, ¿confiarás en él? En medio de la muerte, maldad y dolor, ¿confiarás en que Dios es soberano y tiene un plan en medio de todo lo que acontece? Las palabras de José te ofrecen tres razones por las cuales puedes y debes confiar en el Señor, aun cuando pienses que la situación no pudiese empeorar.

## **Dios es más grande**

Primeramente, puedes confiar en Dios porque no hay nada ni nadie mayor que él. Cuando los hermanos de José pensaron que él se vengaría ahora que su padre había muerto, José les preguntó: “¿acaso estoy yo en lugar de Dios?” (Gn. 50:19). José entendió que solamente hay uno que está por encima del universo, y que el Señor es distinto, separado y mucho mayor a todo lo que puedes ver y sentir en la tierra. Él está por encima de todo y gobierna todo, pues es más fuerte, más sabio, más poderoso y cuidadoso que cualquier persona u objeto en el universo (Is. 40:25-31). Él es quien creó, conoce y sustenta todas las cosas. Y si Dios es santo y supremo sobre el universo, puedes confiar en que no hay nada en el universo que se mueva o acontezca sin su consentimiento y voluntad.

## **Dios es soberano**

En segundo lugar, puedes confiar en Dios porque él es soberano. José les dijo a sus hermanos: “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien” (Gn. 50:20). Al decir que Dios “lo encaminó a bien”, no está diciendo que Dios, viendo que sus hermanos lo vendieron como esclavo, tuvo que reajustar su plan y sacar provecho de la situación. La palabra en hebreo proviene de la misma raíz que la palabra “pensar” o “diseñar” (Éx. 26:1). Describe a Dios como quien planeó de antemano todo lo que sucede en el último capítulo de Génesis: José fue esclavizado, hubo hambruna en Canaán, Israel salió de la tierra prometida y encontró mortandad en tierra foránea.



Hay días en que puedes verte tentado a pensar que estás viviendo el peor día de tu vida. Te duele hasta el alma, has sido golpeado por los huracanes de la enfermedad, te llueven tormentas de prueba y sientes la punzada de la soledad. Pero es allí, en medio de la tragedia, que puedes confiar en Dios porque él siempre planea todo para su gloria y el bien de su pueblo (Ro. 8:28). Aún el hecho de que Israel hubiera migrado a Egipto por un tiempo había sido diseñado por Dios para que la iniquidad de los cananeos llegara a su colmo (Gn. 15:16) y para preservar a su pueblo de la hambruna de Canaán y así convertirlos en una gran nación (Gn. 47:27): “para mantener en vida a mucho pueblo” (Gn. 50:20). Hoy en día, el Señor continúa gobernando sobre el mundo con su soberanía absoluta. Tras bambalinas, Dios está obrando su perfecta voluntad en todo momento y en todo lugar. Aunque a veces no sepas por qué suceden las cosas, puedes confiar en que Dios es un Dios lleno de amor y de bondad, y que siempre hará lo que es mejor (Mt. 7:11).

## **Dios está en control**

Finalmente, puedes confiar en Dios porque él siempre tiene un plan. En fe, José prometió: “Dios ciertamente os visitará” (Gn. 50:25). En la Biblia, cuando Dios “visita” a alguien, es para intervenir divinamente a su favor (Gn. 21:1; 1 Sa. 2:21; Rut 1:6; Jer. 29:10). En efecto, 400 años después, Dios le dijo a Moisés: “En verdad os he visitado” (Éx. 3:16), demostrando así que, aunque habían pasado muchos años, Dios siempre tuvo un plan fríamente calculado, aún durante la situación más adversa y oscura. Puede ser que ni mañana ni en un año entiendas por qué suceden las cosas presentes, pero puedes estar seguro de que aquel que fue fiel y bueno ayer, lo será mañana y siempre.

---

## **Para reflexionar**

Cuán difícil es confiar en el Señor a menudo; sin embargo, la realidad de que él es grande y soberano y que nada se escapa de su control debe animarte a creer y confiar, sosteniéndote en él.